

*Cuaderno 10 § <54>. Introducción al estudio de la filosofía. ¿Qué es el hombre?* Esta es la pregunta primera y principal de la filosofía. Cómo se puede responder. La definición se puede hallar en el hombre mismo; o sea en cada hombre aislado. ¿Pero es correcta? En cada persona singular se puede encontrar qué es el «hombre tomado por sí mismo», pero a nosotros no nos interesa lo que es cada hombre por sí mismo, que por cierto viene a significar también qué es cada hombre en cada momento singular. Si lo pensamos bien, vemos que planteándonos la pregunta de qué es el hombre queremos decir: en qué puede convertirse el hombre, o sea, si el hombre puede dominar su propio destino, si puede «hacerse», si puede crearse una vida. Decimos por tanto que el hombre es un proceso, y precisamente es el proceso de sus actos. Si lo pensamos bien, la misma pregunta: ¿qué es el hombre? no es una pregunta abstracta, u «objetiva». Nace de lo que hemos reflexionado sobre nosotros mismos y sobre los otros y queremos saber, en relación a lo que hemos reflexionado y visto, qué somos o qué podemos llegar a ser; si realmente somos, y dentro de qué límites, «constructores de nosotros mismos», de nuestra vida, de nuestro destino. Y esto queremos saberlo «hoy», en las condiciones dadas hoy, de la vida «actual» y no en las condiciones de cualquier vida y de cualquier hombre. La pregunta surge y recibe su contenido de modos especiales, esto es, determinados, de considerar la vida y el hombre: el más importante de estos modos es la «religión» y una religión particular, el catolicismo. En realidad, preguntándonos: «qué es el hombre», qué relevancia tiene su voluntad y su actividad concreta a la hora de crearse a sí mismo y a la vida que vive, queremos decir: «¿es el catolicismo una concepción exacta del hombre y de la vida? Al ser católicos, o sea haciendo del catolicismo una norma de vida, ¿nos equivocamos o estamos en lo cierto? » Todos tienen la vaga intuición de que al hacer del catolicismo una norma de vida se equivocan, alta tal punto que nadie sigue el catolicismo como norma de vida, pese a declararse católico. Un católico integral, es decir, que aplica a cada acto de la vida las normas católicas, parecería un monstruo, lo que supone, pensándolo bien, la crítica más rigurosa y perentoria del propio catolicismo. Los católicos dirán que ninguna otra concepción se sigue puntualmente, y tienen razón, pero esto solo demuestra que no existe de hecho, históricamente, un modo de concebir y obrar que sea igual para todos los hombres sin más; no tienen ninguna razón favorable al catolicismo, aunque este modo de pensar y actuar se haya organizado desde hace siglos para este fin, algo que todavía no ha sucedido respecto a ninguna otra religión con los mismos medios, con el mismo espíritu de sistema, con la misma continuidad y centralización. Desde el punto de vista «filosófico» lo que no satisface en el catolicismo es el hecho de que este, a pesar de todo, coloca la causa del mal en el hombre individuo, es decir, que concibe al hombre como individuo bien definido y limitado. Puede decirse que todas las filosofías que han existido hasta ahora reproducen esta posición del catolicismo, o sea, que conciben al hombre como individuo limitado a su individualidad, y al espíritu como tal individualidad. En este punto hay que reformar el concepto de hombre. Esto es, hay que concebirlo como una

serie de relaciones activas (un proceso) en las que, si bien la individualidad tiene la máxima importancia, no es el único elemento que debe tenerse en cuenta. La humanidad que se refleja en cada individualidad se compone de diversos elementos: 1) el individuo; 2) los otros hombres; 3) la naturaleza. Pero el segundo y el tercer elemento no son tan simples como podría parecer. El individuo no establece relaciones con los otros hombres por yuxtaposición, sino orgánicamente, es decir, en cuanto entra a formar parte de organismos, desde los más simples hasta los más complejos. Así, el hombre no entra en relación con la naturaleza de forma simple, por el hecho de ser él mismo naturaleza, sino activamente, por medio del trabajo y de la técnica. Es más: estas relaciones no son mecánicas. Son activas y conscientes, o sea, corresponden a un grado mayor o menor de comprensión que el hombre singular tiene de ellas. Por tanto puede decirse que cada uno se cambia a sí mismo, se modifica, en la medida en que cambia y modifica todo el conjunto de relaciones de las que es el centro de anudamiento. En este sentido el filósofo real es y no puede no ser otra cosa que el político, o sea, el hombre activo que modifica el ambiente, entendiendo por ambiente el conjunto de relaciones de las que entra a formar parte cada persona particular. Si la individualidad de cada uno es el conjunto de estas relaciones, hacerse una personalidad significa adquirir conciencia de tales relaciones; modificar la personalidad de uno significa modificar el conjunto de estas relaciones. Pero estas relaciones, como ya se ha dicho, no son simples. En primer lugar, algunas de ellas son necesarias, otras voluntarias. Además, tener de ellas una conciencia más o menos profunda (o sea conocer más o menos el modo en que se pueden modificar) ya las modifica. Las mismas relaciones necesarias, en la medida en que son conocidas en su necesidad, cambian de aspecto y de importancia. El conocimiento es poder, en este sentido. Pero el problema es complejo también en otro aspecto: que no basta conocer el conjunto de relaciones en cuanto existen en un momento dado como un sistema dado, sino que importa conocerlas genéticamente, en su movimiento de formación, porque cada individuo no sólo es la síntesis de las relaciones existentes sino también de la historia de estas relaciones, o sea, es el resumen de todo el pasado. Se dirá que lo que cada uno puede cambiar es bien poco, en relación a sus fuerzas. Lo cual hasta cierto punto es verdad. Porque uno puede asociarse con todos aquellos que quieren el mismo cambio, y si este cambio es racional, la persona singular puede multiplicarse un número imponente de veces y obtener un cambio mucho más radical que el que puede parecer posible a primera vista.

Sociedades en las que puede participar la persona singular: son muy numerosas, más de lo que puede parecer. Es a través de estas «sociedades» es como la persona forma parte del género humano. También son múltiples los modos en los que el individuo entra en relación con la naturaleza, porque por técnica debe entenderse no sólo aquel conjunto de nociones científicas aplicadas industrialmente, como se entiende habitualmente, sino también los instrumentos «mentales», el conocimiento filosófico.

Que el hombre no puede concebirse excepto viviendo en sociedad es un lugar común, sin embargo de ello no se extraen todas las consecuencias necesarias, tampoco las individuales: que una determinada sociedad humana presuponga una determinada sociedad de las cosas y que la sociedad humana solo es posible en cuanto que existe determinada sociedad de las cosas, es también un lugar común. Es verdad que hasta ahora a estos organismos más que individuales se les ha dado un significado mecanicista y determinista (tanto la *societas hominum* como la *societas rerum*): de ahí la reacción. Hay que elaborar una doctrina en la que todas estas relaciones sean activas y estén en movimiento, estableciendo muy claramente que el lugar central de estas actividades es la conciencia del hombre singular que conoce, quiere, admira, crea, en cuanto que ya conoce, quiere, admira, crea, etc.: y se concibe no aislado sino rico en posibilidades ofrecidas por los otros hombres y la sociedad de las cosas, de la que no puede no tener cierto conocimiento. (Así como todo hombre es filósofo, todo hombre es científico, etc.).